



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

16.- La lucha del miserable y su victoria



unánimes

Estudios Bíblicos

O.16.- La lucha del miserable y su victoria

1. El texto

Romanos 7:14-25

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?

Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

2. Introducción

La sección del capítulo 7 desde el versículo 14 al 25, nos lleva a preguntarnos: ¿Quién es la persona que aquí se describe?

Se trata de:

- ¿Una persona inconversa, ya sea Pablo mismo antes de su conversión, o cualquier otra persona no regenerada, quizá un judío que no haya aceptado a Cristo?
- ¿Un creyente inmaduro?
- ¿Pablo mismo, el creyente y, por extensión, el creyente en términos generales?

En el presente estudio responderemos a estas preguntas, y al hacerlo, profundizaremos en el significado de este texto.

3. ¿Una persona inconversa?

Desde los tiempos de la iglesia primitiva, a lo largo de la edad media y hasta llegar al presente, ha habido y hay muchos que afirman que lo que Pablo dice aquí no puede referirse al creyente, sino que debe referirse al incrédulo. Los antiguos padres griegos suscribían esta opinión. Por cierto tiempo, aun el gran Agustín favorecía este punto de vista.

Algunos comentaristas modernos defienden también el punto de vista de que aquí se describe a un hombre separado de Cristo, una persona enfrascada en desesperada lucha bajo la ley. Presentan una serie de argumentos en defensa de su punto de vista y alegan que su posición no sólo contaba con el favor de la iglesia primitiva, sino que es compartida por la mayoría de los exégetas de hoy en día. En parte ellos presentan su argumento como sigue:

“¿Cómo puede el hecho de ser “yo carnal”—si es que “yo” indica una persona redimida por Cristo y guiada por el Espíritu Santo—comprobar el poder superior del pecado que se menciona en el versículo 13?”

Respuesta a este argumento:

En otras partes Pablo enseña que una lucha espiritual continúa en la vida del creyente hasta el día en que éste entre en la gloria. El hijo de Dios recibe la seguridad de que Aquel que ha comenzado en él la buena obra la continuará hasta su culminación en el día de Cristo Jesús.

Estas afirmaciones describen en realidad al cristiano como alguien que anda en una nueva realidad de vida, habiendo sido llevado de la muerte a la vida y habiendo muerto en un sentido al pecado, no obstante, es necesario reconocer que en ninguna parte ni afirma ni da a entender el capítulo 6 ni lo hace ningún otro capítulo o pasaje paulino que el creyente durante su vida presente aquí en la tierra ha sido completamente librado de su lucha contra el pecado. ¿O no implican las exhortaciones de esta misma carta que esta lucha debe ser continuada?

Visto que los argumentos que prueban que el hombre descrito en 7:14–25 no puede ser un incrédulo son los mismos que establecen el hecho que esta persona debe ser un creyente.

4. ¿Un creyente inmaduro?

Cabe formular la siguiente pregunta: “Aunque uno reconozca que el hombre descrito por Pablo en 7:14–25 no puede ser un incrédulo, no obstante, en vista del hecho que él hace muchas afirmaciones desfavorables respecto a sí mismo ¿es posible que se trate de un mero ‘niño en Cristo’? Según esta teoría Pablo describe tres etapas de posición y desarrollo religioso:

- a. la de una persona que está todavía bajo el dominio del pecado (7:5-9);
- b. la del individuo en lucha, que odia el pecado, pero no ha avanzado mucho en el camino de la santificación (7:14–25); y
- c. la del creyente maduro y agradecido, que se regocija en que para él ya no hay condenación (8:1a).

Se puede responder este argumento dando contenido más bien al siguiente.

5. Pablo mismo, el creyente y, por extensión, el creyente en términos generales

Pero según la Escritura es precisamente el cristiano más avanzado, el creyente maduro, el que está más profundamente preocupado por su pecado. Cuanto más haya progresado una persona en la santificación, tanto más aborrecerá su pecaminosidad.

Todos estaremos de acuerdo en que Daniel el profeta y el héroe del libro de Daniel, era un ejemplo de vida y conducta consagradas. Pero escuchemos su humilde plegaria al confesar su pecado y el de su pueblo: “Ay, oh Señor, hemos pecado y hecho lo malo ... Nuestra es la confusión de rostro ... porque contra ti pecamos”. Un rey entre los profetas y una persona con gran temor de Dios fue Isaías. Y sin embargo fue precisamente Isaías quien exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto, porque soy hombre de labios impuros ...”

Esto debe indicar que la persona a quien el apóstol tiene en mente aquí no debe ser considerada, ni era necesariamente, un creyente inmaduro.

En consonancia con el lenguaje humilde y auto condenatorio de creyentes eminentes tenemos el hecho que también Pablo, al referirse a sí mismo en otros pasajes, usa un lenguaje no muy alejado del: “¡Miserable de mí!” Notemos las siguientes referencias:

“Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios.” (1 Corintios 15:9)

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8).

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.” (1 Timoteo 1:15).

La persona descrita aquí odia al pecado, desea hacer lo bueno, en su ser interior se deleita en la ley de Dios, lamenta profundamente sus pecados y da gracias a Dios por su liberación. ¿Queda alguna probabilidad de que una persona así no haya sido regenerada por el Espíritu de Dios? Es claro que aquí el apóstol, según las palabras de Juan Calvino: “describe cuán grande es la debilidad de los creyentes”.

6. Vendido al pecado

Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.

Aquí Pablo comienza a hablar dejando bien en claro que él no está criticando la santa ley de Dios cuando pone en evidencia que él, Pablo, es aún un pecador. Él dice que la ley es espiritual. Quiere decir, como ya ha explicado anteriormente, que la ley es santa y el mandamiento santo y justo y bueno; que es obra de Dios, producto del Espíritu Santo. La misma

bondad y pureza absolutas no pueden adjudicarse al que hace esta confesión, Pablo. Por el contrario, él es carnal.

Es necesario tener cuidado al definir esta cualidad. El apóstol no dice: “Estoy en la carne”, o “controlado por la carne”—sino “soy carnal”, que es otra cosa. Estar “en la carne” significa estar básicamente controlado por la pecadora naturaleza humana que uno tiene. Una persona así descrita no es creyente. Pero ser carnal, por otro lado, significa ser lo opuesto de lo que es la ley. La ley de Dios es espiritual, perfecta, divina. En un sentido Pablo es no espiritual, imperfecto. Como lo indica en la primera carta a los Corintios, tal persona carnal puede, aun así, ser cristiana:

1 Corintios 3:1-3

De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?

Además, el apóstol hace una importante distinción. Al decir: “Sé que nada bueno mora en mí, a saber, en mi carne”, ¿no está él diciendo implícitamente que hay en él algo más que su carne, su naturaleza humana pecaminosa? Debemos notar el contraste entre “mi mente” y “mi carne”. Pablo está distinguiendo entre lo que él es con respecto a su naturaleza humana pecaminosa y lo que es en su más fundamental ser interior. Inclusive un cristiano puede entonces decir: “Sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal”.

Pero hay una pregunta que se impone: “¿Qué de la segunda caracterización, es decir, ‘vendido como esclavo al pecado’”? A primera vista esta descripción parecería excluir a Pablo de la compañía de los salvos; o, de no ser así, parecería indicar que cuando el apóstol dice “yo”, no está pensando aquí en sí mismo sino en alguna otra persona, un incrédulo. Pero si hacemos una investigación más profunda, y sin hacer ningún tipo de injusticia a la deplorable situación aquí descrita, llegaremos a la conclusión que es el apóstol Pablo, el creyente, quien habla aquí y describe su propio estado, como también el de todos los otros creyentes que todavía moran en este mundo.

En este punto debemos en primer lugar tomar nota del hecho que Pablo no dice que él se había vendido o abandonado al pecado. Pablo no se ha vendido. Es otro quien lo ha vendido. Él, Pablo, deplora esta situación. Es como si le oyésemos dejar escapar un suspiro de profundo pesar cuando se lamenta: “... ¡vendido como esclavo al pecado!” ¿Puede alguien que se lamenta tan intensamente de la pecaminosidad que persiste en él ser otra cosa que un verdadero creyente? Cuando Pablo confiesa: “Soy carnal, vendido como esclavo al pecado,” ¿no nos hace recordar a otro contrito hijo de Dios que suspiró:

Salmo 51:5

Ciertamente he sido un pecador desde mi nacimiento Un pecador desde el momento en que me concibió mi madre.

¿Quiere decir esto, entonces, que cuando David hizo esta confesión que no era creyente?

Cuando se interpreta todo el texto completo, es evidente que el que en el versículo 14 deplora su pecaminosa condición es el mismo que en los versículos finales del capítulo expresa su delicia en la ley de Dios, que anticipa con un anhelo apasionado e irresistible el día en que sea librado de su presente y difícil lucha interior, y que está henchido de la bienaventurada certeza que la victoria ciertamente vendrá; de hecho, que “en principio” ¡la misma ya está aquí!

Sin embargo, por ahora, el creyente vive en un tiempo en que dos eras, la antigua y la nueva, se superponen. Hubo un tiempo en que Pablo fue exclusivamente un pecador. Habrá un tiempo en que él será exclusivamente un santo. Pero en este momento, mientras dicta esta carta, él es un pecador/santo. Un “santo”, por cierto, pero todavía también un “pecador”; de allí procede la tensión, el conflicto interno. Se trata de un conflicto que todo verdadero creyente experimenta y sobre el cual el apóstol continúa hablando como sigue:

7. La desaprobación personal

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.

Visto que quien habla (“yo”) sirve en “la nueva realidad del Espíritu” y de corazón confiesa que la ley de Dios es santa, y su mandamiento santo, justo y bueno, es obvio una vez más que es Pablo, el sincero y humilde hijo de Dios, quien continúa hablando.

Como creyente agradecido y afectuoso, su patrón ético no es nada menos que la perfección moral y espiritual. Pero cuando—digamos al fin del día—él repasa lo que ha logrado, siente disgusto de sí mismo: Dios ha hecho tanto por él; y él (Pablo) ha hecho tan poco en agradecimiento. Y no sólo eso, sino que lo poco que ha logrado está contaminado por el pecado. ¡Su meta es mucho más alta que su logro!

¿Pero qué sucede si ese ideal no siempre se cumple? El hombre que es meramente moral puede llegar a engañarse a sí mismo y pensar que, después de todo, va bastante bien. Es precisamente el creyente el que dirá con Pablo: “De hecho, no apruebo lo que estoy haciendo. Porque no es lo que quiero (hacer) lo que hago, sino que lo que detesto, eso hago”. ¿Y no es éste precisamente el conflicto que también se menciona en la carta a los Gálatas, donde el

mismo apóstol expresa, “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis”?

Hay quienes, no obstante, que han aducido objeción que estos dos textos, Romanos 7 y Gálatas 5, no pueden referirse al mismo conflicto interno, porque en tanto que el primer pasaje menciona al Espíritu, el segundo no lo hace. ¿Pero por qué hubiera sido necesario que Pablo repitiese su mención del Espíritu Santo como autor de la santificación? ¿No son las referencias suficientes? Lo son, a menos que se interprete que las mismas indican un “espíritu” diferente del divino.

8. La Ley es buena

Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.

Pero ¿es que no hay alguna salida fácil a este penoso conflicto? ¿Por qué no simplemente descartar la ley? ¿Por qué no llamarla mala y rechazarla?

Si bien en la superficie ésta parecería ser una fácil solución, en realidad no es solución alguna. El Espíritu Santo mora en el corazón de Pablo (y en los corazones de todos los verdaderos creyentes). Tan estrecha es la relación entre ese Espíritu y el espíritu de Pablo mismo, que el apóstol puede decir: “La ley es buena. ¡Es excelente! ¡No debo desobedecerla!” Y aunque Pablo en realidad desobedezca, y por ello experimenta una amarga lucha, su propia voz y la del Espíritu Santo se unen en una maravillosa sinfonía para alabar la ley.

9. La naturaleza pecaminosa

De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.

La deducción lógica de la situación descrita en este texto es que, si Pablo mismo no desea actuar de un modo contrario a la voluntad de Dios, los pecados cometidos deben ser en lo esencial adjudicados no a él sino al pecado. Es la pecadora naturaleza humana, llamada aquí y en otros lugares la carne, la verdadera culpable, la verdadera transgresora. Es ese perverso advenedizo, que mora con Pablo en la propia casa de este último (su alma) el que es la causa de toda esta iniquidad. Es ese intruso el que con tanta frecuencia hace imposible que Pablo haga lo bueno que desea hacer.

Parecería como si Pablo, por medio de este modo de razonar, estuviese exculpándose de responsabilidad por sus propios pecados. Pero, no es así. Hay dos hechos que siguen siendo

ciertos: (a) aun el advenedizo no es un total desconocido, sino que es la propia naturaleza pecadora de Pablo; y (b) a un intruso perverso, a un usurpador ilegal, ¿no se le debe permitir que permanezca!

10. Pablo reconoce su naturaleza

Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.

Las palabras “así que” demuestran que el apóstol resume aquí el contenido de los versículos precedentes. Queda inmediatamente claro que cuando él usa aquí el término “ley”, no está pensando en los Diez Mandamientos. En el sentido en que aquí se la usa, la palabra “ley” debe significar algo así como patrón operativo o principio gobernante.

La “ley” inflexible a la que aquí se hace referencia y que el escritor de esta epístola—como cualquier otro creyente—descubre constantemente, es esta: “cuando quiero hacer lo bueno, el mal está a mano”.

Si tenemos en cuenta que la naturaleza humana pecadora ha establecido domicilio en la propia casa de Pablo (su alma) y lo ha hecho con propósito perverso, se ve que la afirmación “*el mal está en mí*” es en realidad muy lógica. Este “mal” aquí personificado puede estar reposando, pero ciertamente no duerme. En este pasaje se le presenta como si estuviera observando al apóstol para ver si está por llevar a cabo alguna buena intención. Y cuando algún noble pensamiento o buena iniciativa entra en el corazón de Pablo, el mal lo interrumpe para transformar el buen gesto en lo opuesto.

11. Las dos leyes

Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

El conflicto entre el bien y el mal mencionado en el versículo anterior queda ampliado y clarificado en el presente pasaje. El apóstol habla de dos “leyes” que se contraponen. La primera es la “ley de Dios”. Aunque hay una gran diferencia de opinión respecto al significado de esta expresión, sin embargo, si tenemos en cuenta que Pablo se ha estado refiriendo a la ley de Dios como la revelación de su buena y perfecta voluntad, e inclusive ha citado un mandamiento específico del Decálogo, ¿cómo puede haber alguna buena razón que nos lleve a dudar que también aquí la expresión “ley de Dios” indicara precisamente ese sistema de principios o reglas morales que está resumido en los diez mandamientos?

Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que para el creyente esa ley divina no es una letra

muerta, ni es de manera alguna un medio de salvación. Por el contrario, para él es el principio rector de la expresión de su gratitud.

Si la entendemos de este modo, no debe sorprendernos que él “se deleite” en la ley de Dios. ¡Los buenos hijos se deleitan en descubrir alguna manera por medio de la cual demostrar a sus padres, o a otros benefactores, cuánto los aman!

Ahora el apóstol afirma que él se deleita en la ley de Dios según su “ser interior”. Cuando él usa este tipo de fraseología no está copiando a Platón o a los estoicos. No está expresando un contraste entre la naturaleza racional del hombre y sus bajos apetitos. Para Pablo el hombre interior es el que está oculto del ojo público. Indica el corazón. Es aquí donde el nuevo principio de vida ha sido implantado por el Espíritu Santo. Por medio de esta implantación, el pecador se ha transformado en un nuevo hombre, una persona que está siendo transformada diariamente a la imagen de Cristo.

En sus “miembros corporales” (respecto al cual diremos más en un momento) Pablo ve una ley diferente, una ley que está haciendo guerra constantemente contra la ley de su mente y que lo hace prisionero de la ley del pecado.

Si se ha de interpretar a la “ley de Dios” como un principio rector, cosa que ya se ha demostrado, entonces la lógica requiere que también esta “ley diferente” debe ser explicada de la misma manera. Es claro—como lo acaba de afirmar el apóstol que esa “ley diferente” es la ley del pecado. El modo en que la misma opera es algo que ya se ha indicado antes. Que hace prisioneros al apóstol y a todos los verdaderos creyentes en todas partes es probablemente otro modo de expresar el mismo pensamiento. Una y otra vez “la ley del pecado” logra que el escritor de esta carta haga lo que no quiere hacer, y una y otra vez le impide hacer lo que quiere hacer. De estos hechos él se queja amargamente y los deplora profunda y sinceramente.

Es necesario poner énfasis en la frase “*cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*”. Muchas veces a esta frase se la pasa por alto, o se la toca muy al pasar. Con todo, podría ser más importante de lo que generalmente se considera. Que para la mente del escritor debe haber sido bastante significativa es algo que queda claro por el hecho que él hace frecuente uso de la misma.

Además de los comentarios hechos previamente sobre estas partes, o miembros, corporales notemos entonces también lo siguiente: Pablo era un fogoso misionero. Su alma estaba enfrascada en su tarea. Ganar gente para Cristo, para la gloria de Dios, significaba más para él que aun su libertad personal. Él deseaba intensamente que otros compartiesen su entusiasmo.

Ahora bien, él se percataba muy bien que la manera de alcanzar a su auditorio era por medio de sus órganos corporales y los de ellos mismos. De gran importancia eran, entonces, la ligereza de sus pies, los dichos de sus labios, la mirada de sus ojos, el movimiento de sus manos, la atención de los oídos de sus oyentes, etc., tanto más si se tiene en cuenta que medios de comunicación tales como los aviones, los anteojos, los audífonos, etc., no se habían inventado todavía.

No es de sorprender en consecuencia que, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, se ponga mayor énfasis en las partes o miembros del cuerpo de lo que se hace en la literatura de hoy en día.

Un notable ejemplo de esta referencia constante a las partes del cuerpo ocurre en esta misma epístola a los Romanos, donde lengua, labios, boca, pies y ojos son mencionados en una misma frase, en citas del Antiguo Testamento.

Romanos 3:13-18

Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan.

Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura.

Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos;

Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Al mencionar las partes y cualidades físicas, no debe excluirse la posibilidad de que la parte espiritual del ser humano pueda estar incluida. Si lo interpretamos de esta manera, lo que el escritor dice es lo siguiente: “¡Si tan sólo pudiera servir a Dios de un modo totalmente libre de trabas! ¡Que todas mis facultades de cuerpo y alma pudiesen ser puestas al servicio de él y de su causa!” Sea como fuere, lo que viene a continuación es comprensible:

12. El cuerpo de muerte

¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?

El escritor deplora genuinamente el hecho que, debido a la ley del pecado que aún opera en él, él es incapaz de servir a Dios tan completamente y profundamente como lo desea.

La conmovedora pena que aquí se manifiesta es definitivamente la de un creyente. ¡Ningún incrédulo podría jamás llegar a estar tan lleno de dolor por sus pecados! El que profiere este lamento es Pablo, hablando en nombre de todo hijo de Dios.

El lamento que emite es uno de pena, pero no de desesperanza. Pablo sufre un gran dolor, por cierto: esa miseria causada por el tremendo esfuerzo; es decir, la que viene de esforzarse grandemente sin nunca tener un éxito satisfactorio en vivir en completa armonía con la

voluntad de Dios, sino fracasando una y otra vez. Él anticipa con ansia el momento en que esta lucha habrá terminado.

Con esto en mente, él anhela ser rescatado de “este cuerpo de muerte”, es decir, del cuerpo en su presente condición, sujeto a los estragos del pecado y de la muerte. Sabe que mientras él viva en este presente “cuerpo de humillación”, la terrible lucha continuará. Pero una vez que cese la vida en ese cuerpo, comenzará el estado de gloria pecado; primero para el alma y después también para el cuerpo.

En relación con el cuerpo de muerte, algunos comentaristas y predicadores (Charles Spurgeon) hacen referencia a un tipo de sentencia que los romanos impartían a los asesinos. Les ataban el cuerpo del muerto a su espalda y los enviaban a transitar en público hasta que, conforme el cuerpo muerto se iba descomponiendo, el cuerpo del asesino se infectaba y este moría irremediabilmente sufriendo un tormento espantoso.

Pablo entonces contesta su propia pregunta con un jubiloso:

13. La fuente de toda bendición

Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.

Él habla con una certeza total. Sabe que cuando un creyente muere, su muerte es ganancia. Estar con Cristo es mucho mejor. El pecado habrá sido dejado atrás para siempre. El conflicto habrá cesado, para nunca volverse. En el lenguaje del apóstol Juan, nada que sea impuro entrará en la Santa Ciudad. Además, ya viene el tiempo en que aun el cuerpo será redimido.

En su jubilosa acción de gracias el apóstol regresa a la Fuente de toda bendición. El exclama: “¡Gracias a Dios!”. Asimismo, se da cuenta que fue por medio de Aquel a quien menciona por su nombre completo Jesús (Salvador), Cristo (ungido), nuestro Señor (Soberano, Rey, Dueño), que obtuvo esa salvación, plena y gratuita. Obtenida no solamente para Pablo sino también para todos los creyentes. Por eso él anticipa el día de gloria para todos ellos. Resumiendo todo el argumento, Pablo termina este capítulo escribiendo:

14. El argumento paulino

Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

Notemos el fuerte contraste: (a) la ley de Dios contra la ley de pecado y (b) mi mente contra mi carne.

¿Está diciendo el apóstol entonces que su mente o su ser interior sirve a la ley de Dios, pero su carne o pecado que mora en él (naturaleza humana pecadora), sirve a la ley del pecado?

Aquí debemos proceder con sumo cuidado, ya que el escritor no considera que cosas tales como la mente y la carne sean seres independientes. Por el contrario, como se ha indicado con anterioridad, ambas pertenecen a Pablo. Es él, él mismo—es decir, es el creyente mismo—quien sigue siendo totalmente responsable.

Por otra parte, también queda claro que estos dos (mente, carne; Pablo el santo, Pablo el pecador) no son correlatos absolutos. No, es con su ser interior o mente que Pablo desea hacer la voluntad de Dios. La carne es la intrusa, que está siendo desalojada y que ciertamente perderá la batalla. Esto no se debe a la bondad de Pablo sino a la gracia de Dios, como el apóstol lo proclama fuerte y alegremente al exclamar: “¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!” Como también el triunfal Pablo le dijo a los Corintios:

1 Corintios 15:57

Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

En consecuencia, vemos que el pasaje analizado considerado en ambas de sus partes (a) “Yo mismo con mi mente sirvo la ley de Dios” y (b) “pero con mi cuerpo a la ley del pecado” se enlaza bellamente con inicio del capítulo 8 que analizaremos en el siguiente estudio, como una continuación de la idea principal: “¡Gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!” relatado ahora que sirve como una introducción muy apropiada a 8:1, “Por tanto, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”.

15. Resumen del Capítulo 7

Así como una mujer, por medio de una muerte (la de su marido) queda libre de su vínculo matrimonial y le es permitido casarse con otro hombre, asimismo por una muerte (la del creyente con Cristo) los hijos de Dios son librados de su deuda para con la ley, ya que la “cuenta” presentada por esta ha sido totalmente pagada por el sacrificio vicario y voluntario de Cristo.

En consecuencia, los creyentes han obtenido la libertad. La misma es una libertad de y una libertad para. Es una libertad de la obligación de guardar la ley para ser salvos, y es por ende una libertad de la maldición que la ley pronuncia sobre el desobediente. Pero es al mismo tiempo una libertad para o con un propósito: una libertad para prestar servicio a Dios “en la nueva realidad del Espíritu, no en la vieja realidad de la letra”.

Ser librado de la ley en el sentido que se ha indicado no implica que la ley es pecado. Al

contrario, la ley es buena y útil, ya que revela nuestra pecaminosidad. Mata nuestro orgullo pecador y nuestra jactanciosa autosuficiencia. “Yo no hubiera llegado a conocer el pecado de no ser por la ley. Porque no habría sabido qué significa codiciar si la ley no hubiese dicho ‘No codiciarás’ ”. Por eso, “en sí misma la ley es santa, y el mandamiento santo y justo y bueno”.

Pablo ha dicho que el mandamiento nos mata. ¿Pero cómo puede algo bueno causar la muerte? El apóstol contesta que no es el mandamiento operando por sí solo el que nos mata; es nuestra transgresión del mandamiento la que lo hace. En consecuencia, la verdadera causa de la muerte es el pecado. Pero sigue siendo cierto que la misma blancura (la pureza espiritual y moral) de los mandamientos de Dios hace resaltar aún más la negrura de nuestro pecado.

Al decir cosas tales como “Hubo un tiempo en que viví aparte de la ley; pero cuando vino el mandamiento, el pecado cobró vida y yo morí ... el mandamiento me mató ...”, Pablo nos permite echar un vistazo a su propia experiencia antes, durante y poco después de su conversión.

Pablo, el creyente, reflexionando sobre su propia situación y la de otros como él, analiza la lucha del miserable y su victoria. Él no critica a la santa ley de Dios cuando ésta revela que él, Pablo, y otros como él, están todavía contaminados por el pecado.

Confiesa clara y abiertamente: “Sabemos que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, vendido como esclavo al pecado”. Admite, en consecuencia que, aunque se le puede atribuir perfecta bondad a la ley de Dios, lo mismo no puede decirse de él. Sabe que en tanto él esté en esta tierra pecadora, él es carnal, es decir terrenal, mundano, lejos de la perfección.

Por ser un verdadero hijo de Dios, el apóstol deplora honestamente el hecho de haber sido vendido como esclavo al pecado. Es así que confiesa: “De hecho, no apruebo lo que estoy haciendo. Porque no es lo que quiero (hacer) lo que hago, sino que lo que detesto, eso hago ... Porque lo que hago no es lo bueno que quiero hacer; no, lo malo que no quiero hacer, eso es lo que hago”.

¿No es éste precisamente el conflicto que se menciona también en Gálatas 5, donde el mismo apóstol afirma: “La carne pone su deseo contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que estas mismas cosas que quisierais estar haciendo, éstas no las estáis haciendo”? ¿Y no es esta toma de conciencia respecto la imperfección similar a la que esta expresada en Filipenses: “No es que la haya alcanzado ya, ni que haya logrado la perfección ... yo no creo haberla aún alcanzado”?

Sin embargo, el hecho mismo que en su ser interior Pablo no quiere realmente hacer lo que es contrario a la ley de Dios, sino que aborrece esta situación, es algo que le llena de valor, de modo que puede exclamar:

“Porque según mi ser interior me deleito en la ley de Dios; pero veo en mis miembros (corporales) una ley diferente, que está en guerra contra la ley de mi mente y que me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me rescatará de este cuerpo de muerte? ¡Pero gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!”

Esa realidad, francamente admitida por él en una afirmación sumaria, a saber, “Así pues, yo mismo con mi mente sirvo a la ley de Dios pero con mi carne a la ley del pecado”, no anula la esencia de la seguridad de la victoria que se expresa en aquellas memorables palabras: “¡Gracias sean dadas a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!”.